

Victoriano Salado Álvarez

**Una hazaña de las muchas  
de don Antonio Rojas  
y otras historias**

*Rescate y presentación*  
Alberto Vital Díaz



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO, 2014

DIRECTORA DE LA COLECCIÓN: Lilian Álvarez Arellano

Salado Álvarez, Victoriano, 1867-1931.

Una hazaña de las muchas de don Antonio Rojas y otras historias / Victoriano Salado Álvarez ; rescate y presentación Alberto Vital Díaz. – México : UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2014.

61 pp. ; 15 x 19 cm

ISBN 978-607-02-5472-7

1. Cuentos mexicanos. 2. Nervo, Amado, 1870-1919 – Paráfrasis, cuentos.  
LC PQ7276 Dewey 863.4

Primera edición: 2014

Fecha de término de edición: 7 de octubre de 2014

D. R. © 2014, Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva s. n.

Ciudad de la Investigación en Humanidades, Ciudad Universitaria,

C. P. 04510, México, D. F.

[www.iifilologicas.unam.mx](http://www.iifilologicas.unam.mx)

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Av. del Imán núm. 5, C. P. 04510, México, D. F.

[www.libros.unam.mx](http://www.libros.unam.mx)

ISBN 978-607-02-5472-7

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

*Impreso y hecho en México*

## Presentación

UN JOVEN de fines del siglo XIX quiso escribir historias insólitas y memorables. Ese joven se llamaba Victoriano Salado Álvarez. Había nacido en Teocaltiche, Jalisco, en 1867, así que cuando empezó a publicar cuentos en 1889 tenía 22 años de edad.

Y los siguió escribiendo mientras fue joven y luego, cuando dejó de ser joven, siguió siendo jovial. Fue jovial pese a las adversidades: en 1910, a los 43 años de edad, perdió el régimen al cual pertenecía: el de Porfirio Díaz. En 1914, a los 47, perdió el empleo que le daba de comer, cuando el Jefe Máximo de la Revolución, Venustiano Carranza, cesó a todos los diplomáticos en funciones. En 1921, a los 54, perdió a su único hijo varón.

Pero no perdió la jovialidad y siguió escribiendo cuentos. Le gustaba contar. Le gustaba escuchar y luego contar lo que había escuchado. A nuestro autor le gustaba leer y recrear lo leído. Desde niño escuchó y contó. Contó y escuchó.

La Universidad Nacional Autónoma de México ha descubierto y rescatado setenta cuentos suyos. Probablemente esos setenta cuentos son todos los que escribió. Tal vez todavía se rescate algún otro, distraído y disperso.

En todo caso, el joven lector tiene en sus manos cuentos amenos, condimentados con mucha sal y mucho limón.

Finalmente Salado tenía sal de la vida y del gusto incluso en su apellido. Unos cuentos pican, otros saben agridulces, otros son amargos al inicio y melosos al final. Unos cantan. Otros, como “Pluvioso”, nos guarecen como robles llenos de aves y de hojas.

El lector, en fin, no sabrá de aburrimiento mientras se pasee por estas páginas.

*Alberto Vital Díaz*  
Seminario de Hermenéutica

## Una hazaña de las muchas de don Antonio Rojas

EL TROPEL de caballos se oyó primero indistinto hacia el arroyo, se acentuó más al pasar por la parroquia y se escuchó claro cuando arribó a la barbería, reconocible a gran distancia por el banderín que en letras amarillas anunciaba:

Se rasurarisa  
y  
cortelpelo sih  
*usa aguadiolor*

Los charros, que eran cinco, llevaban famosos pencos herrados, y aunque no se distinguían en el traje, ni en los arreos, ni siquiera en los caballos, todos rendían y hacían agasajo a uno que montaba un cuaco bayo —lobo de doce cuartas, fuertes corvejones, bonitos encuentros, cabeza erguida y ojos inteligentes.

Echó pie a tierra el tal y uno de los acompañantes tomó de la rienda a la bestia, mientras el jefe entraba de rondón a la barbería.

—¿Qué sucede, *maistrito*? ¿Cómo va?

—Bien, señor coronel Rojas; muy bien. ¿Qué va a ser ahora?



10

Sin contestar, el coronel echó una mirada por la pieza, vio la olla de agua con sanguijuelas repletas de sangre y todavía entorpecidas por la reciente succión; el mollejon veteadado de blanco y verde; los cuadros que representaban a Malek Adel y a Matilde, ordinaria habitación de las moscas; los anuncios de fiestas con el clisé del toro embistiendo al picador y éste resistiéndolo y quebrantando a la fiera; el ejemplar desencuadernado de las *Tardes de la granja*, y el gallo búlique, de cresta rosa y de cola y alas como de seda joyante, que lanzó un cacareo de reto y alzó la pata armada de espolón al ver entrar al desconocido.

El barbero cantaba acompañado de su guitarra, su *séctima*, como él la llamaba, con la cabeza inclinada, el instrumento casi en alto —sobre las piernas y una de éstas cruzada—; e iba a levantarse cuando el jefe lo detuvo.

—Poco a poco, *maistro*; ya que veo caballo se me ofrece viaje: écheme una de esas *menores* que usted sabe; que hay una con que hasta se me arrasan los ojos de lágrimas.

—¿Cuál será, señor? ¿“He de llegar a ti”? ¿“Al romper del alba”? ¿“Bendita tu voz divina”?

—No —dijo el otro, acentuando con un dedo—, “El júnebre ciprés del cementerio...”

Y cantó el rapista, no sólo la canción pedida, sino una serie de horrores: corazones hechos pedazos, noches lúgubres, amores contrariados, duelos, muertes, ternuras, abnegaciones, todo el repertorio de la sensiblería cursi y manida. Nadie habría maliciado que fuera capaz de matar hombres, de destripar niños y de atormentar mujeres, quien se parecía por aquellos engundios.

Cuando hubo cantado diez o doce de aquellas tonadas, que ni tenían la frescura y espontaneidad de la poesía popular, ni el primor de la obra artística, Rojas se levantó de la silla de paja que ocupaba y se dirigió a la consola coronada por un espejillo de marco de madera en que se podían ver segmentos de rostro.

—Ahora tenemos aceite de oso, pomada de toronjil, agua de la reina, pomada de *tútano* perfumada con esencia de bergamota, otra con linaloé, vinagre de los cuatro ladrones...

Rojas se había arrellanado en el sillón forrado de lacre que dejaba ver a trechos montones de crines apelmazadas, se había colocado el paño de blancura dudosa y que contrastaba



12

enormemente con la barba negrísima del caudillejo; pero al oír la enumeración del barbero, se puso en pie y, apartando un colchón de pelos negros que yacía por el suelo, dijo violentamente:

—Le he dicho que no quiero porquerías; *resúreme*, y ya sabe: canto llano y valona antigua.

Sin chistar, el sucesor de maese Nicolás cogió agua caliente con una brocha, deshizo un poco de jabón en taza de peltre, asentó una navaja en un cuero que brotaba pringue y luego hizo saltar montes de espuma entre aquella selva apretada y negrísima de pelo.

—¿Clavo? ¿Polaca? ¿Cómo dejamos el bigote?

—Túmbemelo todo, sin dejar ni rastros.

—Muy bien, señor coronel... ¿Sabe usted que la semana pasada tuvimos aquí a Larrumbide?

—¿Y qué hizo ese gachupín indecente?

—Le sacó un préstamo de tres mil duros a don Jesús Romo, el de La Colmena; se *jurtó* a Pachita Martínez, la hija de doña Pepa Rumbrales; iba a fusilar a Pedro Villa porque supo le había ayudado a su *mercé* a tomar la custodia y las cosas de la iglesia, y salió el lunes a buena hora, caminito de San Juan, porque supo llegaba Bueyes Pintos...

—¿Y qué hizo Bueyes?

—Nada más fusiló a tres rancheros que lo habían guiado mal y se llevó lo que su merced había dejado en la capilla del Señor de la Expiración. Se fue antier porque se presentó Juan Chávez.

—¿Y Chávez?

—No entró; iba camino de Aguascalientes, y anunció que volvería pronto.

—Ya puede volver... Pero ¿qué le pasa, amigo?, ¿por qué tiembla?

—Nada, señor; es que anoche gustamos de un *papaquí*; se me pasó la mano, y ahora estoy medio trémulo.

—Hum...

Continuó la labor; pero de repente Rojas se puso en pie y, frunciendo el ceño, dijo de mal hulante:

—Usted tiene algo, bandido; no hay tal *papaquí* ni cosa que lo valga —y sacando una pistola Lefauchaux la apuntó al rostro del rapa-barbas.

—No, mi coronel... no, señor; yo le digo todo —clamó el cuitado en el paroxismo del terror.

—*Pos* dígalo pronto, o se va a ver a Dios.

—Sí, señor... sí, señor... que yo... pues que yo... estaba comprometido a matar a su merced, cortándole el pescuezo de un navajazo.

Miró Rojas al barbero, se rió de su cara de espanto, envainó el arma y dijo con calma:

—Si no es más que eso, siga *resurándome, maistrito*, que no me he de quedar con la mitad de la cara peluda y la otra sin pelo.

Continuó el trabajo; pero la mano del pobre artista, que siempre parecía de pluma, en esa ocasión era como de plomo.

Al fin, concluyó, echó una poca de agua en un trapo, y sin más complementos declaró concluido todo.

14

—Vaya, amigo, tenga su paga —dijo don Antonio. Y violentamente empuñó la pistola, descargó los cinco tiros sobre el barbero conspirador, metió otros cinco cartuchos en el cilindro del arma, se palpó la cara a ver si estaba bien descañonado y paso a paso, sin volverse siquiera a mirar al infeliz que daba las boqueadas en un charco de sangre, fue a encontrar a los suyos que ya acudían en su defensa.

A poco el tropel de caballos se alejó hacia la parroquia, se amortiguó hacia el rumbo del arroyo y se extinguió por el camposanto...





## Mortal por esencia

LOS BRAVUCONES seguían agrupados a la mesa del cafetín, refiriendo campañas y encareciendo proezas que no había más que oír; ni los soldados de Gonzalo de Córdova, ni los de Cortés, ni los propios Hércules y Teseo habían ejecutado la mitad de las hazañas que aquellos valientes, postergados y en desgracia, a pesar de sus méritos.

Y en verdad que eran hermosas testas las de los tales: con grandes bigotes, frentes calvas y abovedadas, narices rectas, ojos en cuya expresión cabían todos los desdenes, todas las furias y todas las concupiscencias, fieltros caídos hacia una oreja, voces de Esténtor y tragaderas de Gargantúa, habrían figurado con honra en el *Cuadro de las lanzas*; pero no entre los holandeses de Nassau, tristes y hambrientos, sino entre los peninsulares de Espínola, lucios, satisfechos y provocativos.

Había de los dos campos: los unos ponían en las nubes la pericia de Miramón, junto a quien Napoleón Bonaparte, Moltke y el Sirdar Kitchener eran unos niños de teta; los otros alababan sin medida a Degollado y a González Ortega, y todos se burlaban de los militaricos de banqueta, de los oficiales *de dedo* que ahora abundan sin que hayan salido jamás de la garita, ni sepan lo que es comer la *troncha*.

Mutuamente se daban títulos de generales, brigadieres, coroneles o por lo menos de capitanes, por más que hay noticia segura de que ninguno de ellos ha figurado en el escalafón del ejército, ni cuenta con más papeles que la fe de su bautismo y el acta de su matrimonio —si es que han sido bautizados y han legalizado sus contubernios con las tarascas que los cuidan—. No de otro modo, los criados de las novelas picarescas se llaman duques, condes y marqueses como sus amos.

—Mire usted, compañero —decía Salazar—, que en la Estancia de las Vacas a mí se debió la salvación de don Santos. Mientras corrían por la derecha las tropas de Guanajuato y por la izquierda las de Zacatecas, yo pasé junto al general, que se retiraba acompañado de dos ayudantes. Aun ellos huyeron; y entonces, juzgando una cosa fea dejar a nuestro jefe, seguí con él hasta Celaya, a donde llegamos al tranco de nuestros caballos. A la sazón me dijo Degollado: “Salazar, usted es de los fieles”, y me regaló su reloj, un magnífico Losada que perdí más tarde.

18

—Pues cuando ustedes —dijo Martínez— volaron el Palacio de Guadalajara, nadie se acordó del señor general Miramón y del señor general Márquez, más que este sujeto que están viendo. Entre el humo de la pólvora, la caída de los escombros, los gritos de los heridos y la confusión de todos, yo guie a sus excelencias hasta el balcón, por donde se descolgaron.

—Pero si nadie voló el Palacio —exclamó Ruiz.



—Y ¿sabe usted que entonces se batía el cobre?

—Acuérdese usted de la Albarrada.

—Y de Silao.

—Y de Calpulalpan.

—Y entonces había dinero; con onzas recién acuñadas nos pagaba mi general Herrán a los del dos.

—Yo tenía un famoso caballo moro, llamado la Culebra, que era el animal más noble que he visto en mi vida; mil duros me daba por él el coronel del quinto.

—Para caballos allí estaba el Relámpago, que me salvó la vida el 24 de mayo.

—¡Ese cojo Uraga era bueno!

—Y ¿qué me dice usted de Woll? Valía lo que pesaba de oro.

—Entonces había gusto.

—Y bienestar.

—Y niñas bonitas.

—Y hombres *bragaos*.

—Ahora hay mucha matemática, que geodesia, que balística, que castramentación. Yo no sé, pero nuestros generales no necesitaron para triunfar conocer lo que eran esas cosas.

—Pero dígales usted a los niños de las comisiones de esto y de lo otro, si se atreven a un *albazo* o si se deciden a ahorcar a un nuevo Piélagos.

—Qué han de atreverse; por eso, la clerigalla está tan soliviantada.

—Qué bien vendría una cuartelada.

—Benditos sean los pronunciamientos.

—Y mire usted las armas que usan los valientes de ahora (sacando un revólver Mäusser); a toda ley nuestras cápsulas, nuestras balas redondas y nuestra pólvora fina.

—Meta, meta, compañero, ese chisme; no sea que se dispare.

—Si el mecanismo es sencillísimo, va usted a verlo.

Y Garibay, que esto decía, movió un resorte, tocó un muelle y en seguida se oyó un ruido seco y duro: se había escapado un tiro del arma.

Se hizo el silencio en el corro.

Todos los fierabrases empezaron a palparse para saber si les había tocado el confitillo, cuando Ramos se levantó gritando:

—A mí, a mí me hirió... Un padre, un médico... Soy católico, por más que haya acompañado a Rojas y a Simón Gutiérrez... Mis hijos, mis pobres hijos... Mortal por esencia... La herida es mortal...

La cantina se despobló en un instante; un médico de esos que ocurren diariamente a tomar el aperitivo y a tomar lenguas de los sucesos notables fue a prestar sus auxilios, pero imposible ver al herido:

—Se me salen los intestinos, se me escapa la vida —gritaba—; siento aquí la sangre.

Pero al fin triunfó el doctor. Después de minucioso examen:

—No hay herida —dijo—; la bala dio en el reloj de plata, una vieja cebolla que data de los tiempos del visitador Gálvez.

—¿Y la sangre? —preguntaron algunos.

—Pues la sangre —repuso el médico, que era gracioso y bien entendido—, procede de la operación con que Gulliver apagaba los incendios en Lilipucia; el sustazo que pasó el señor coronel hizo que le aconteciera lo que a Sanchica cuando supo que la destinaba corales la señora duquesa: se le fueron las aguas.

Hubo algunas risillas, contenidas por la presencia de los terribles militares; pero todo volvió de seguro a su estado ordinario, pues el mozo gritó con voz gutural:

—Tres *Pilsner*, un coñac champaña, un anisado y dos *aperitivos*.



## Quien tal hizo que tal pague

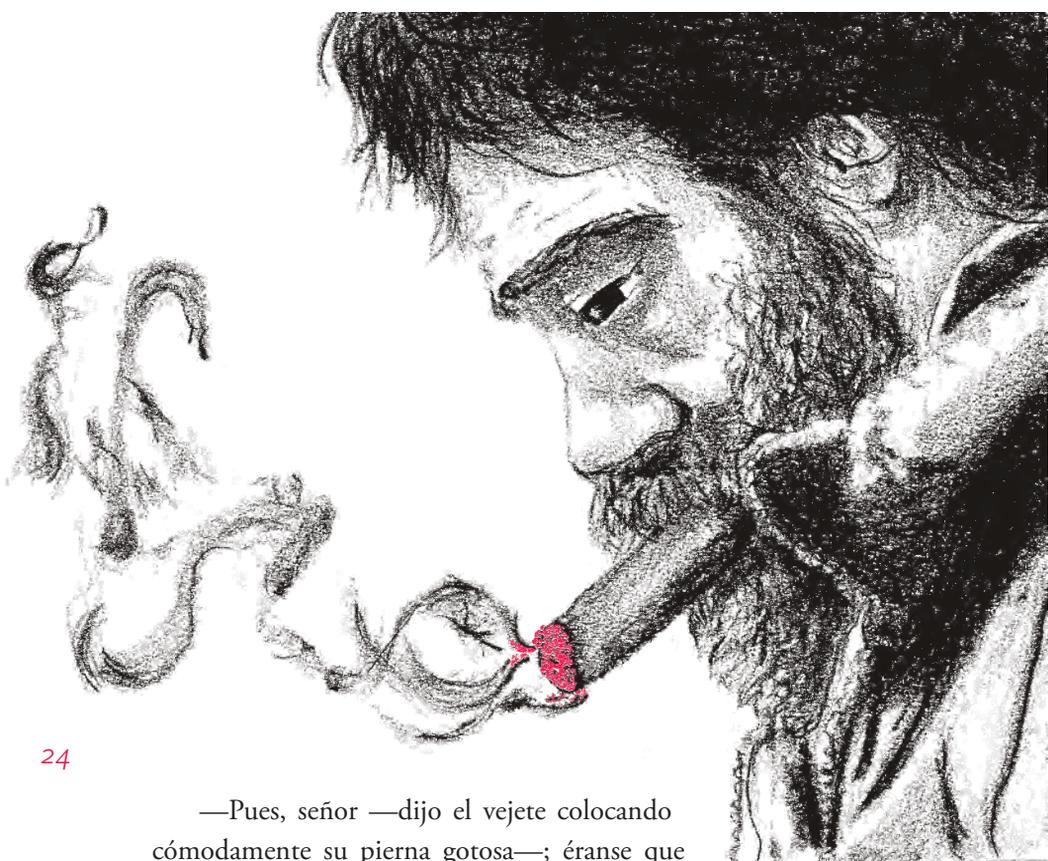
SE HABLÓ del suicidio; y como cada *quisque* tiene listo siempre un cliché que aplicar al asunto, conforme a lo que le han enseñado sus lecturas, sus preocupaciones o su práctica mundana, se oyó lo de: “estupidez”, “desequilibrio mental”, “cobardía”, “desesperación”, “si lo medita un rato, mata a la otra y él se queda tan fresco”, “cosa *shocking* y desusada”.

Sólo el general, que fumaba un veguero y parecía embelesado viendo ascender las espirales de humo, callaba como si la conversación no le llamara la atención ni le provocara la curiosidad.

—Y usted, ¿qué nos dice, mi general? Ha de haber visto más de cuatro lances en su vida y puede instruir a esta juventud, ansiosa de oír de sus labios un curso de la más difícil de las ciencias: la mundología.

—Pues digo —contestó pausadamente el veterano— que me han partido ustedes por el eje, porque las generales de necio, loco, cobarde y cursi me tocan y no las rechazo. Yo también quise suicidarme, y si no lo conseguí, fue contra mi voluntad; soy, pues, un suicida moral o legal, si así les place llamarme.

—Cuéntenoslo usted —dijeron a una la niñas, mientras los varones formaban corro cerca del militar.

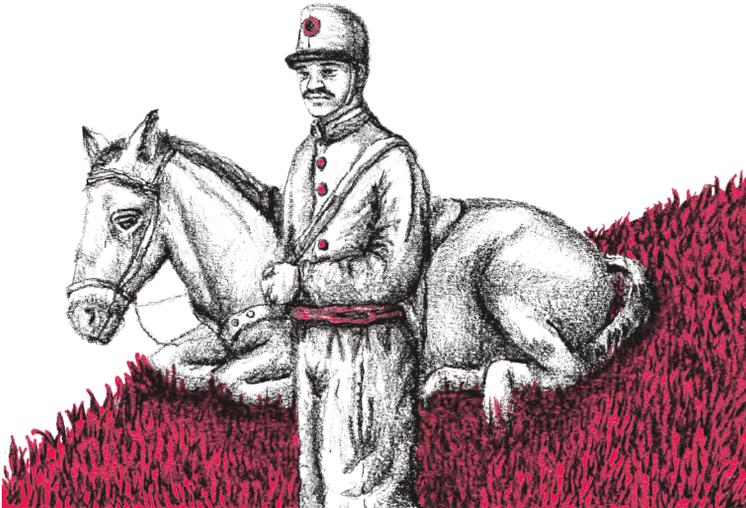


24

—Pues, señor —dijo el vejete colocando cómodamente su pierna gotosa—; éranse que se eran los tremendos días en que el maldito Uraga traicionó a la República para aceptar el mendrugo de pan que le arrojaron los franceses, queriendo de paso comprometernos a todos en su inmunda felonía. Yo, capitán a la sazón, contaba veinte años, y hacía apenas dos que, dejando las bromas de los compañeros, el regalo de mi casa y la docta enseñanza de mi maestro Castañeda, que estaba sacándome un nuevo y sutil Escoto, conocedor profundísimo de si la paloma del Espíritu Santo era animal de verdad, si Adán tuvo ombligo,

si Cristo resucitó con cicatrices y otras muchas cosas así de útiles, que me habrían convertido, andando los años, en un señor licenciado y quizás en un sapientísimo sacerdote, ahorqué los libros y me metí soldado. Decir lo que mis padres y mis hermanas trabajaron por disuadirme de continuar en aquella vida, los *empeños* que me echaron y la resolución con que los desairé serían cosas que para relatarse necesitarían volúmenes enteros; era natural, yo estaba seguro de que, no bien pasaran unos cuantos años, estaría convertido en un Napoleón Bonaparte o quizás en algo mejorcito, y no era cosa de dejar aquella breva sólo por lloriqueos de mujeres o por consejos de amigos que no sabían de la misa la media. Pero sucedió que, en vez del nombramiento de primer cónsul o de jefe de la expedición a Egipto, recibí tantas desveladas a campo raso, tantas mojaduras y tantas fatigas en el andar constante por montes y vericuetos, que tentado me vi de abandonar la carrera y volverme a mi casita cómoda, tranquila y decente, donde me aguardaban el chocolate de a cuatro, los bollitos, hechura de monjas, y los mimos de mi señora madre y mis tías. Mas la endiablada vida militar es tan alegre y se agarra tan fuerte al ánimo de la gente moza, que si en ratos sentía deseos de llegar a saborear el banquete con que se celebraría la vuelta del hijo pródigo, en otras, tan pronto como oía sonar una cuerda o columbraba una enagua de castor, ya me había olvidado de penas y fatigas y me dedicaba a bailar y a divertirme sin medida.

En 1864 no fue todo miel sobre hojuelas; mi regimiento quedó deshecho, y yo, al frente de unos cincuenta hombres, me di a vagar por todas las poblaciones, evitando encuentros con tropas mejor provistas que la mía. Pero nos hallábamos en país enemigo, y en los mismos pueblos donde se nos había acogido hacía poco con aplausos y palmas, ahora se nos negaba el agua y el fuego. Apenas si de noche, guareciéndonos en peñascos y hondonadas, lográbamos dar algún *palomazo* a merced de la oscuridad; pero aquello iba dificultándose y nuestra tarea resultando infructuosa. Una noche recibí aviso de que el Chato, el sanguinario Chato Hurtado, estaba como quien dice pisándonos los talones, pues lo separaban de nosotros unas cuantas leguas, que podían convertirse en varas a la hora que lo deseara el muy bellaco; como que traía unos pencos que daba gloria verlos, mientras que los que montábamos estaban trasijados, de caerse al suelo tan pronto como les hubieran dicho *Jesús*.



Eché una cuenta del *parque* y vi que apenas tendríamos para unos cuantos disparos; todo él estaba mojado, rotos los cartuchos e inservibles por el roce y la mala fabricación.

Intenté pasar a Michoacán por las Juntas del Capadero; mas todo estaba tan bien cuidado, que la única consecuencia de mi hazaña fue disminuir la provisión de pólvora y perder dos hombres y tres caballos.

Pensar en pedir gracia a Hurtado habría sido lo mismo que pensar en pedir peras al olmo, pues nada entendía de generosidad ni de hidalguía el pillo que ostentaba como timbre glorioso de su carrera haber muerto viejos, mujeres y chiquillos, y que de haber hecho el recuento de sus víctimas, Iván el Terrible habría resultado junto a él un Juan de Buena Alma.

Hacía tiempo que venía considerando nuestra suerte y la de la Patria: nuestros generales difuntos, fugitivos o entregados en cuerpo y alma al contrario; nuestro gobierno errante y perseguido; nuestros elementos de guerra menguados o inútiles y nuestra vida nacional extinguiéndose como flama que no tiene combustible...

Tres días hacía que no nos bajábamos de los caballos, que casi no probábamos bocado, que nuestro sueño se reducía a echar una *ciega* de prisa y corriendo.

Yo llevaba siempre conmigo unos polvillos que me había regalado un boticario amigo para usarlos cuando fuera menester. Veo que ustedes se sonríen; pero tengan en cuenta que yo y los míos éramos los descendientes directos de aquellos



románticos que cortaban todas las dificultades bebiéndose un frasquete de rico veneno, como decía el pobre Larra, que cortó las suyas mediante una onza de plomo.

Una noche, a eso de las nueve, llegamos a Zapotitlán y, dejando a los míos en el mesón, me encaminé a la fondita del punto. Mi resolución estaba tomada: echarme entre pecho y espalda el bebedizo e ir al otro mundo a depositar la carga de mis penas. Bajé del caballo, me senté en un poyo de la fonda y pedí un ponche de huevo cargadito de alcohol. No tardó Marianita, la simpática hostelera, en servirme la bebida, y menos tardé yo en arrojar en ella los polvillos blancos del boticario.

Tenía el vaso en la mano para sorber el jarope, cuando oí un tiro de fusil, luego otro y después diez más que me pusieron en guardia. Monté violentamente a caballo, pensando en la atrocidad que entrañaba abandonar a mis pobres soldados a la furia de los enemigos, y en que era mejor que morir como can vagabundo, perecer como soldado valiente y fiel a su bandera.

Cuando llegué, los míos iban de vencida. Mi teniente y cuatro soldados estaban muertos y, aunque habían dejado tendidos sobre el puente de palo que está a la entrada de la población a tres de los bribones traidores, se hacía necesario huir. Di la orden y la retirada se emprendió; pero, según supe luego, los contrarios estaban tan fatigados como nosotros y no tomaron gran empeño en la persecución.

Hurtado, que comía como un Heliogábalo, mandó preparar una abundante colación; y viendo abandonado por allí mi vaso de ponche, calentito aún y espumoso, pensó que podría hacer boca con él.

Sin preguntar nada ni consultar a nadie ingurgitó el contenido, y aunque a cualquiera que no hubiera sido tan bruto le habría amargado el poso de semejante bebida, el facineroso nada extrañó y siguió tragando; cuando concluyó se limpió el cerdoso bigote con el envés de la manga y se quedó aguardando la cena.

A poco sintió torzones, retortijones, la muerte; pero afortunadamente para la chiquilla fondista, los animales aquellos echaron la culpa de los dolores del capitán a no sé qué condumios que había probado y se limitaron a darle yerbas de nombres enrevesados para curarlo.

A las pocas horas el bribón estaba mano a mano con Satanás, dándole cuenta de sus picardías.

Yo pude dormir esa noche al ver que aflojaba la persecución, y pasar luego a Michoacán para reunirme con Villada.

Ya ven ustedes cómo soy suicida legal y cómo queriéndolo, pero sin saberlo, purgué al mundo de un monstruo.

## Un empleado modelo

—¿QUIÉN GRITÓ que viviera Carranza? —preguntó un sujeto de sombrero tejano, puro en boca, barba de ocho días, mirar sesgo y manos que se antojaban garras.

—Todos, mi coronel —y el gendarme paseó por los rostros de los nueve aprehendidos la luz de su linterna, iluminando primero a un viejo que a leguas mostraba un alcoholismo crónico; a un tío cejijunto con cara de matasiete que se mantenía enhiesto y sin intentar decir palabra; a tres muchachos que no llegaban a los diez y seis años; a un catrinillo que se había limpiado el polvo del calzado al llegar a la inspección y a tres sujetos que a leguas se veía formaban un grupo por lo que entre sí hablaban y la semejanza que tenían en los trajes, en los gestos y en las voces.

—Permítame, mi coronel —dijo el alcohólico, que vestía traje de casimir gris que a leguas demostraba la fatiga de muchos inviernos cubriendo aquel cuerpo hambriento y pobre, y que llevaba en la mano un fieltro color tabaco con que quería hacerse entender a fuerza de agitarlo con ardor—... Permítame, mi coronel.

—Deje hablar al sargento y no interrumpa —gritó el coronel bajando los pies de la mesa que iluminaba una lámpara

eléctrica adrede llevada hasta el escritorio mediante un cordón que pendía de un clavo.

El coronel arrojó sobre la mesa un tomo de Boccaccio, edición Maucci; puso en cuatro la silla que estaba en dos; se acomodó la pistola en el carcaj y arrojando el puro contra el suelo ordenó con voz de rabia:

—Conque, ¿estuvo eso?

—Pos, mi coronel, daba yo vuelta por Don Juan Manuel, esquina de Mezquitán, cuando oí voces y risas. Me adelanté y lanzaron un “Viva Carranza” que corearon muchos que me figuré estaban borrachos, con perdón de usted.

Corrí tras ellos en unión de dos números que están aquí fuera, y sólo me hizo resistencia ese señor de la cara cortada que presente está —y señaló al individuo silencioso y de aspecto tranquilo que sonreía en aquella situación tan apretada.

—¿Quién es usted y por qué grita vivas a ese traidor?

—Porque combatí a su lado en El Anheló, lo salvé frente a Saltillo e hice con él la travesía hasta Sonora.

—Y naturalmente es usted partidario suyo.

—Naturalmente.

—¿Me permite mi coronel? —insistió el del sombrero color tabaco.

—Ya verá usted cómo trata la Revolución a los partidarios de ese viejo Barbas de Hilacha —respondió sin hacer caso del que a la fuerza quería tomar la palabra—. Usted es un hijo de...

—Cuando estoy preso tengo que aguantar eso de los cobardes.

—Y en cualquier terreno se lo pruebo, desgraciado —gritó el follón dando una bofetada en pleno rostro al carrancista, que con el envés de la manga se limpió la sangre que le corría por el rostro.

—Diga usted, hombre —gritó con ademán airado al del sombrero.

—Señor coronel, yo soy un hombre honrado. Mi señora está para dar a luz, y dije digo [*sic*]: “pues que no tengo quién vaya por la comadrona, iré yo mismo”, y salí a toda carrera cuando me cogieron. Vayan a Galeana 614, pregunten por Mariana Fernández, y si a estas horas no está dando de mamar a mi quinto hijo que se llamará Gumersindo como yo, si es hombre, y María Auxiliadora si es mujer, porque aquélla le tiene particular devoción a esa Virgen, consiento que me maten.

—¿Y ustedes?, ¿venían de estudiar la lección de latín, niños simpáticos?

—No, señor —dijo uno de ellos—. Fuimos a una cacería a la Barranca; en Huentitán, a la vuelta, nos trincaron unos indios que nos quitaron las escopetas y veníamos comentando el caso cuando el señor nos cogió y nos trajo acá.





Cuando interrogaron al pulcro y aseado señorito, respondió que venía a ver a su novia que vivía por la Parroquia.

—Y del entusiasmo que le produjo el amor se le ocurrió gritar vivas a ese viejo correlón.

—Yo nada grité ni me importa nada Carranza.

—Cállese usted.

—Yo nada grité, señor.

—Usted se me calla, miserable, hijo de...

—Es que...

—Es que se me calla o ve para qué nació.

—¿Y ustedes, buenas piezas?

—Pues, señor coronel, mi nombre es Tomás Rojas, empleado en la casa de los señores Zúñigas; hoy es mi santo y estos amigos fueron a felicitarme. Después de las diez sentimos ganas de algo fuertecito y les dije a éstos: “Si tomáramos un trago saldría muy bien.” Ellos convinieron y salimos a tocar a la cantina de un compadre mío, el dueño del Templo de Baco y Tolerancia de Genios. Volvíamos con nuestra triguña bien repleta cuando nos aprehendieron.

—Yo los aprehendí corriendo —dijo el sargento.

—Claro, como que oímos gritar “Viva Carranza” y nos figuramos que sería algo de pronunciamiento.

—Pues a todos me los *quebra*, ¿eh? Que lo acompañen cinco soldados y que lleven paradas de refacción. Y a este señor del Anheló se lo encargo con especialidad.

Encendió un nuevo puro, cogió el libro, que despernacado estaba sobre una silla, subió los pies sobre la mesa y no se ocupó más en aquellos desgraciados que salían dando diente con diente, exceptuando el de la cara cortada, que sacó un cigarrillo, lo encendió y ofreció otros a sus compañeros.

Enfrente estaba el Panteón, y allí se detuvo la comitiva, que no decía palabra, horrorizada por la sorpresa.

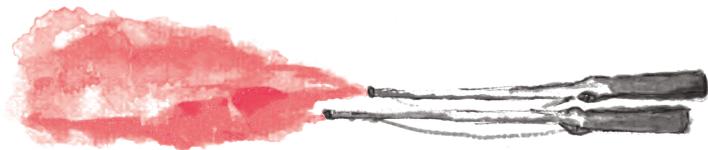
Ya los habían separado en parejas los soldados, pero antes que lo sujetaran, el abofeteado de la cara cortada “se dio el zafón” y en un instante se puso fuera de tiro.

—Síguenlo —gritó el sargento.

Se oyeron tres, cuatro, cinco tiros que rompieron el silencio de la noche estrellada, y a poco volvieron dos soldados diciendo:

—Pos quen sabe pa onde cogió, ello es que ni quen le diera alcance.

—Despachemos entonces a éstos.



Se había despertado “argente” y lleno de oficiosidad el guardián del camposanto envuelto en un sarape colorado que en medio de la noche acentuaba la palidez del sujeto.

—¿Le parece, jefe, que pongamos las linternas que *es costumbre*? Aquí, en este *paderoncito* despacharon a los últimos.

¿Cómo marcharon, ya sueltos y sin apoyo, los ocho desgraciados? No podía decirlo, sólo sé que alineados contra el muro quedaron sin protestar ni articular palabra.

Hubo voces de mando, los soldados cortaron cartucho y a poco caían en montón aquellos cuitados.

No se había escuchado ni un lamento, ni una protesta; apretujados y en confusión yacían aquellos cuerpos que iluminaron las linternas de los gendarmes, y luego de darles puntapiés para convencerse de que estaban bien muertos salieron los ejecutores marcando el paso...

Una hora habría pasado; el guardián del sueño eterno de tantos miles de gentes dormía su sueño temporal cuando oyó que tocaban a su puerta.

Encendió la luz eléctrica y lanzó el sacramental: “¿Quién?” “Yo”, respondió una voz desmayada. “¿Y quién es yo?” “Un fusilado”, dijo la voz.

Saltó de la cama en pernetas el camposantero y fue a abrir la puerta.

Era una figura trágica, un hombre completamente desnudo (la ropa la habían apandado los ejecutores), los ojos

fuera de las órbitas, que decía con priesa: “Soy de los ejecutados... quedé vivo... mi mujer, mis hijos, el pobrecito... el que acaba de nacer... Sálveme por Dios.”

Y el camposantero fue al teléfono y dio vuelta a la cigüeña:

—¿Central? Deme la Inspección General... Bueno... ¿Quién habla? ¿La Inspección? ¿Es mi coronel Pedrarias?... Habla el guardián del cementerio... Mi coronel, aquí está vivo uno de los que usted mandó fusilar... ¿Ya manda usted quien lo deje listo? Muy bien, señor... Buenas noches.

A poco se abrió la puerta del panteón, se oyeron un tropel y unos tiros y dos soldados arrastraban al desgraciado marido de la parturienta, entonces ya bien muerto, al trágico montón.

El guardián volvió a descansar con la conciencia del deber cumplido.

Era un funcionario modelo y por eso conserva su puesto.



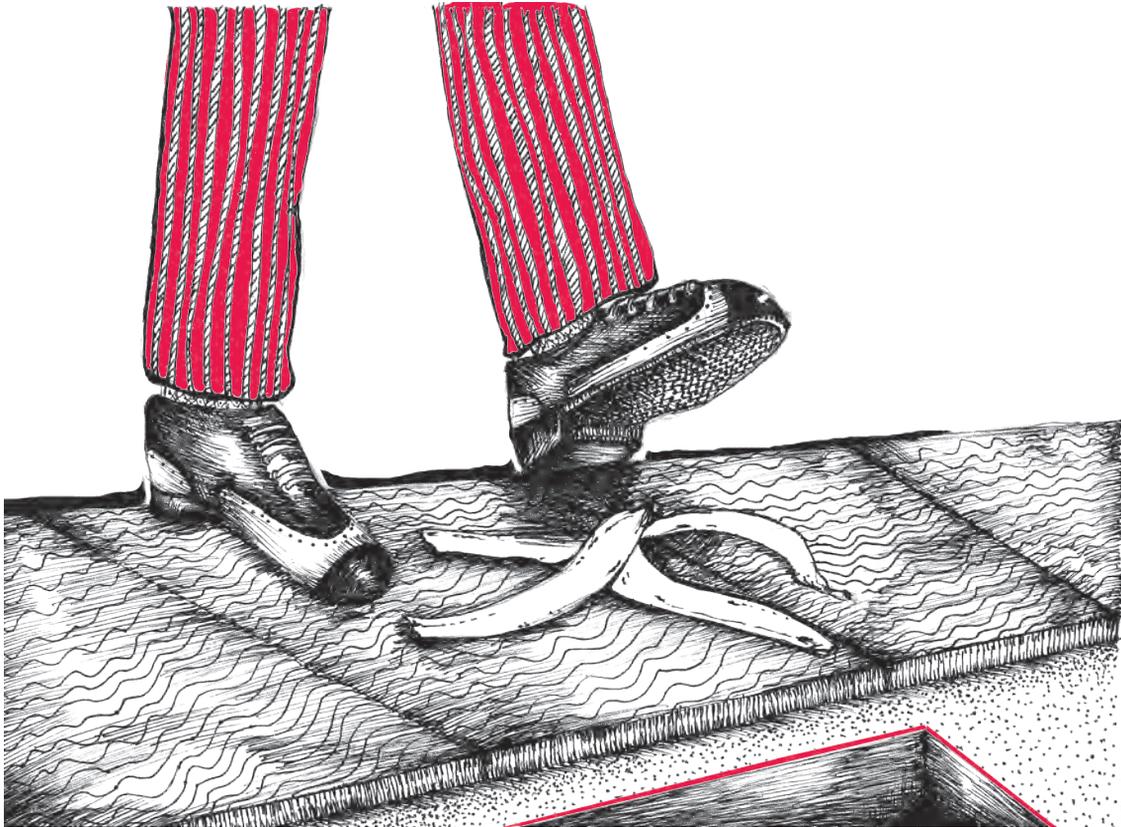


## El mundo de los distraídos

**Y**O NACÍ torpe y distraído como otros nacen varicosos o mujeriegos o amantes de las corridas de toros. Mi padre solía regañar conmigo por eso que él llamaba mi descuido, mi falta de precaución y otras muchas cosas, impropias de un abogado eminente como él tenía dispuesto fuera yo.

No hay cerradura que no trabuque ni papel que no pierda, ni cosa delicada que no descomponga o deje fuera de empleo. Cuando me duelo en mi interior de no tener ningún momio oficial, fácilmente me consuelo pensando en lo cara que está la servidumbre y lo mucho que me costaría un criado que forzosamente necesito para ponerme la corbata todas las noches. Cuando mi familia ve que “en sombría agitación a grandes pasos recorro” mi casa cuan larga es, acude en mi auxilio y busca solícita el libro que tengo bajo el brazo o la pluma fuente que he puesto en el bolsillo hace un momento... para no olvidarla.

No hay ciudad en que no me pierda, y saldría de todos mis apuros si cogiera lo que he gastado en ómnibus, tranvías y taxis, cuando a otros más listos les sobra con el planillo de Baedeker para dar con la *Strasse*, la *strada*, la *street*, la *rua* o la *rue* que necesitan. La última vez que estuve en Guadalajara anduve más de dos horas sin atinar con mi casa, que estaba



en esa calle que creo ahora le llaman de ¡Jesús! Carranza... Los mortales más venturosos son en mi concepto los que entienden ese laberinto que se llama la guía de ferrocarriles, que es lo primero de que me proveo antes de cualquier viaje y que sin falta arrojo por la ventana del tren apenas empieza a andar, temeroso de tener que arrojarme yo presa de la desesperación.

Atribuyéndole mis propias distracciones le hice una aureola formidable a Rafael de Alba, que era un modelo de

orden y de puntualidad junto a mí, y mil comedias de Tirso o de Shakespeare se podrían escribir refiriendo rasgos de mi natural distraído, “y esto suele aumentarse con los años”, como Cervantes decía del entendimiento.

Esta larga confesión tiene por objeto dar gracias a la deidad que evitó llegara yo a secretario particular o a tenedor de libros con éxito, pues sin él ya lo he sido.



Las gentes ordenadas quizás sean más infelices que las distraídas. Saben dónde están los elásticos para atar los papeles, no confunden los originales que tienen que enviar a Mérida con los que deben remitir a París y su mesa es un modelo de nitidez, pero en cambio les pasan aventuras terribles.

Y si no allí está ese pobrecito Landrú, que es posible alcance el fin de Luis XVI por su afán de llevarlo todo en orden. Tuvo mil trescientas dieciocho amantes, incineró a once, con el cuidado y esmero naturales en persona tan delicada y primorosa, y se tomó el trabajo de apuntar en un librito de memorias los nombres, las señas, el momento en que las asesinaba, lo que cobraba por la venta de los pobres muebles de sus amantes de un día y todos los detalles que le parecían adecuados. Si el asesino hubiera sido yo, nunca me coge la justicia, pues no habría llevado ese registro tan pormenorizado ni ningún otro.

42

Una de las cosas que más me entristecen es la llegada de este tiempo lluvioso, y no porque dure el sol oculto por quincenas enteras, ni porque deje de pasear en el parque de mi agrado, ni porque en las casas se sienta la humedad como exudación no sólo de los muebles, sino hasta de los calentadores; es porque tengo que traer paraguas, chisme que abomino porque siempre lo pierdo. Pero también de esa desgracia me resta un consuelo. El otro día llegó a esta ciudad de San Francisco el general Armando Díaz y cuando subía al

automóvil que le tenía destinado y sonaban la marcha real y los *evviva*, los tranvías detenían su curso, estalla un chaparrón de los que son fruta constante en esta legua de tierra, que parece un buque abandonado en el mar.

Como el tiempo había sido *nice, lovely, fine* y todo lo demás con que se elogia a los pocos días que hay sol, nadie portaba *chapéu de chuva*, como dicen los portugueses, y el general se habría mojado hasta los huesos antes de pasar la anchísima banqueta si un pobre *maccherone* no hubiera llevado a mano su maravilla que desplegó satisfecho y entregó a uno de los lacayos de la *limousine*. Echó a andar el cortejo, pero el dueño de la prenda ni tardo ni perezoso tomó el tranvía y llegó mucho antes que el vencedor de Vittorio Veneto y sus acompañantes. En la posada de Díaz no dueñas sino detectives cuidaban de él, y al ver llegar afanado a un mozo mal vestido y queriendo coger lugar en la enorme cola que esperaba en medio del chaparrón, un par de enormes y simpáticos irlandeses lo cogió con fuerza, lo sacó del grupo y lo llevó aparte para preguntarle no sé cuántas cosas que el pobre *suonatore di mandolina* ignoraba de todo en todo. Y las sospechas se agravaban porque nadie había visto el paraguas ni recordaba que alguien lo hubiera ofrecido. Debía de ser aquél algún *maffioso* o un anarquista de acción directa.

Ya sentía el pobre los ahogos de la muerte cuando un compadre suyo avisó por teléfono. En efecto, el paraguas había existido y estaba oculto en el capacete del automóvil en

donde nadie había reparado en él por ser de algodón como el del rey Luis Felipe.

Y he aquí cómo la precaución pudo costar la vida a un precavido.

El mundo es de los distraídos.

## De la vida de bohemia

**N**O ERAN precisamente trufas lo que se comía ni champagne lo que se cataba hace veinte años en el aposento de dos poetas hispanoamericanos que vivían en París, rue de la Parchéminerie, número 57. De ellos el más joven, Amado Nervo, acababa de llegar a París hacía unos cuantos meses, mientras el otro, Rubén Darío, llevaba ya algún tiempo en la capital de Francia.

Pero ni el recién llegado ni su compañero lograban juntar las dos puntas de la cuerda. Nervo escribía afanosamente para los diarios mejicanos, cubanos y sudamericanos, mientras Darío dedicaba su trabajo casi exclusivamente a *La Nación* de Buenos Aires, que recibía o dejaba de recibir correspondencias de su redactor viajero, pero que nunca dejaba de enviar mensualmente una suma considerable al inquieto nicaragüense.

Mas daba la casualidad que aquel mes pasaban los días, que eran los últimos del año, sin que llegara un céntimo, que se acercaban las fiestas de Navidad y que no había manera de solemnizar siquiera con una mala cena el día memorable. Sólo vivía descuidada la *Paca*, Francisca Sánchez, amante de Darío, moza cerril a quien el poeta había encontrado pastoreando cabras en un lugar de la provincia de Ávila.

Y como si el bendito Noel lo hiciera, el 24 muy temprano llegó un hombre de gorra galoneada que depositó en tierra su fardo de cartas, periódicos y paquetes y entregó a Rubén un sobre lacrado que contenía el giro consabido, un suplemento por la celebración del día y los deseos de que el poeta tuviera pascuas muy felices.

Pensó el bienaventurado en adquirir unos jarrones de Satsuma; en comprar un cuadro holandés de género que había visto expuesto en casa de un mercader de la rue Laffayette y en hacerse con un gabán de pieles, pero la *Paca*, más positiva y con mayor sentido práctico, opinó por una buena cena de Navidad con *zampán* y todo. Lástima grande que hubiera que prescindir de los villancicos, los zortsicos, la gaita y el tamboril; pero todo se supliría con apetito y gracejo.

Conformes estuvieron los amigos, y sucesivamente fueron llegando a la vivienda pavos, jamones, peces, dulces, licores, champaña, y todo cuanto es de rigor en esos casos; pero también llegó, atraído por el olor de fiambres

y especias, lo que no podía faltar: el sabio que iba recogiendo las hojas que arrojaban los demás.

Se trataba de un venezolano que Nervo solía retratar con mucha gracia, que por su larga

46



estancia en París había adquirido gran conocimiento de la lengua francesa (él era quien había convertido *El bachiller* en *Origène*) y que sabía maravillosamente los lugares en que algo se guisaba; y como conocía la esplendidez de sus amigos, pensó que si algo tenían para pasar aquella velada, con él lo compartirían.

Darío empezó a trasegar desde temprano todos los licores de diferente sabor, densidad y coloración que tenía a la vista, y antes de que fuera “media noche, cuando Dios quiso nacer”, ya se encontraba en ese estado de embriaguez trágica, villana y pendenciera que tienen algunos que debían observar siempre la ley de Volstead.

Sentado en un rincón el gran nicaragüense parecía no darse cuenta de nada; Nervo escribía en una mesilla y el venezolano iba, venía, bajaba, traía flores, tendía manteles y a cada vez que abría la puerta que comunicaba con la cocina arrastraba como cauda un fuerte olor a aceite y un chirriar de cacerolas y vibrar de loza y cubiertos que ponían alegría en el cuerpo.

De repente Darío se levantó lanzando gritos, y con la cara congestionada tomó por la solapa al oficioso literatoide, lo estrechó contra la pared y le dijo un poco en francés y un poco en castellano una serie de insultos en que apenas se podían percibir ahogados: “Bellaco... Venir a faltarme a mi casa... *Je vais te tuer...* *Gallopin*” y otras cosas que pertenecían al repertorio clásico y al villanesco.

Parece que el infeliz llevaba en la mano uno de esos muebles que nuestras cocineras llaman *convoyes*, y que al verse acometido se derramaron por el suelo el aceite, la pimienta, la sal y el vinagre, y que apenas con el tiempo necesario para coger su abrigo y su sombrero salió escapado bajando escaleras como si lo hubieran seguido verdaderos demonios.

Quedó Darío acezando en un sillón, y cuando Nervo lo vio en calma, se acercó a decirle:

—Rubén, qué mal ha hecho usted... qué mal ha hecho en golpear a ese desgraciado.

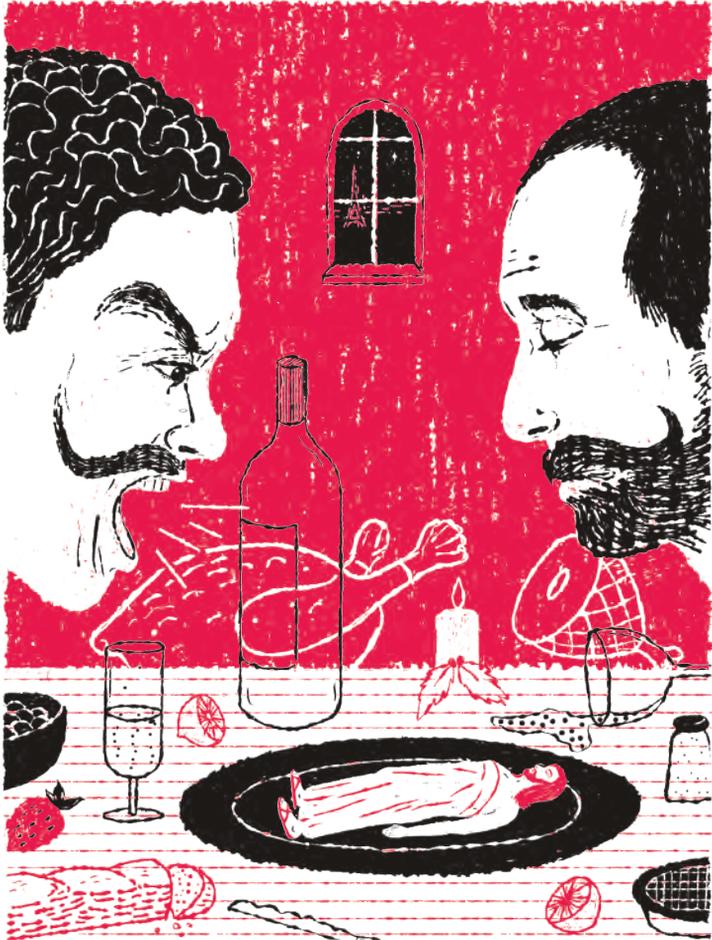
—Yo no admito que se me falte en mi casa; ese canalla venía a seducir a Paca.

—¿Seducir? No había tal —contestó Amado—; venía a seducir a los fiambres que usted ha traído: estaba muriéndose de hambre... En fin, piense usted que pudiera haber sido Nuestro Señor Jesucristo en el día de su nacimiento, que venía a compartir la cena de dos pobres poetas.

48

—Tontería —respondió el otro—. ¿Qué señales podíamos tener de que era ese pillo Cristo y no un gorrón que abusaba de mi bondad para...?

—Se ha presentado Cristo en tantas ocasiones y con tantos disfraces lo mismo ante los sabios que ante los indoctos, tanto en casa de los potentados del mundo como ante los gañanes... Tristes y melancólicos iban los discípulos camino de Emmaus y el Maestro se les reunió para recordarles lo que habían vaticinado los profetas y, ¿no aceptó lo que le decían

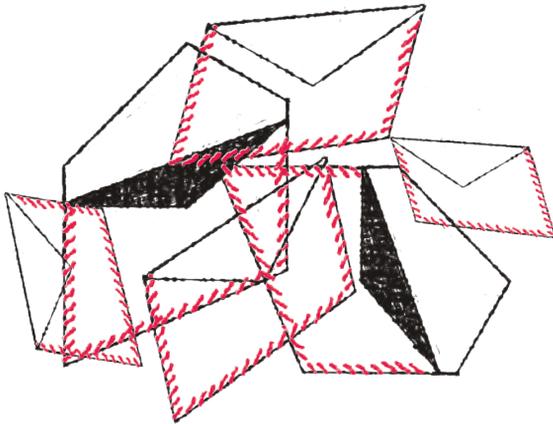


aquellos limpios de corazón y que quizás debía haber sido nuestra salutación a ese desgraciado según el mundo?: “Tarde es ya y el sol se nos oculta; permaneced en nuestra compañía.” Lo habríamos conocido como los apóstoles lo conocieron, en el modo de partir el pan...

Volvió Darío de su sueño trágico y sin decir nada más, en medio de la nieve y la ventisca se lanzó a la calle a buscar al pobre que representaba a Cristo. Erró por calles y boulevares, lleno de alborozo, entró a los *estaminets* y a las fondas baratas, pero en ninguna parte dio con el infeliz aquel que había tenido cuidado de ponerse a buen recaudo. Mas el trabajo no fue en balde; en lugar de él llevó al borrachín más harapiento y más astroso que encontró a mano y lo sentó a la mesa a comer de aquellas cosas ricas. Y es fama que el tal sí se excedió en los halagos y las galanterías a la española y que trasegó sin hacerse de rogar cuanto encontró a la mano.

Así transcurrió la Navidad de dos bohemios.

50

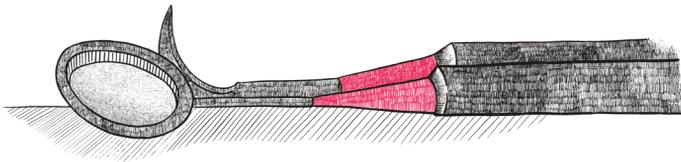


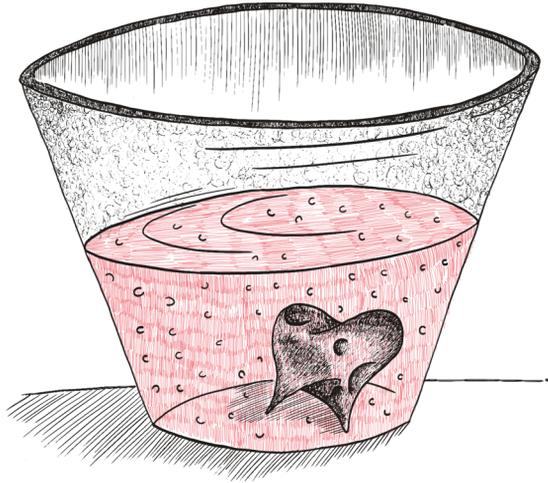
## Reliquia de amor

NO, NO TODOS los pacientes —dijo el dentista— se preocupan de las *piezas* que se les extraen; al sentirse libres del dolor, pagan, se despiden y salen apresurados. Parece, según van de contentos, que encuentran más hermoso el sol, más azul el cielo y más benévolo a los transeúntes, los cuales extrañan les sonría un caballero de cara asimétrica que escupe baba sanguinolenta y se tapa la boca con pañuelos.

Pero algunos, al mismo tiempo que dan los gritos de rigor, piden el diente o la muela que les acaban de extraer, y todo ensangrentado y asqueroso, envuelven el huesecillo en papeles, de seguro para guardarlo entre las cosas más preciadas que poseen.

Si yo tuviera talento de escritor, había de hacer un estudio que se llamara *La personalidad por la dentadura...* No, no se rían ustedes; así como es difícil conocer el alma de las personas, así es difícil conocer su dentadura. Así como el alma revela todos los secretos del ser, así la dentadura revela los secretos de la fisonomía.





52

Hay bocas hipócritas como hay almas cariadas; hay virtudes postizas como hay dentaduras falsas; hay espíritus que tienen un barniz de bondad o de tolerancia o de abnegación como hay muelas empastadas u orificadas.

Se ha dicho que no debía permitirse el matrimonio a los tísicos, a los cancerosos, a los elefanciacos; yo creo que tampoco se debía permitir a los que tuvieran mala dentadura y no hicieran promesa formal de entregarla en manos de un perito.

Qué caries, qué periostitis, qué falta de aseo he observado en bocas de mujeres divinas que parecía llevan en la boca, en vez de prosaicos huesos, orientales perlas.

Pero vuelvo a mis carneros, por más que la digresión no era impertinente ni mucho menos. Una de esas niñas guapas,

espirituales, graciosísimas, cuyo cuerpo parece hecho con rayos de luna, y de cuyos ojos se escapan las más intensas irradiaciones de luz negra, ocurrió en años pasados a mi consultorio.

La boca estaba hecha una lástima; era una mansión señorial que se caía a pedazos, y apenas si reparando aquí, poniendo puntales allá, cegando grietas y cuarteaduras en esotra parte y derribando paredes y hasta departamentos enteros, se logró dejar aquello en mediano estado.

Es decir, y hablando sin metáforas, que era tal el número de raigones, cariaduras y lesiones de todas clases, que fueron menester obras de reposición casi decisivas para que la boca quedara servible.

Una muela, sin embargo, no pudo escaparse de caer al impulso del gatillo; tan sin defensa estaba y tantas molestias producía a su dueña.

Esa muela, en unión de todas las que extraje en el día, fue a parar al basurero, sin ocuparme más de ella.

Al día siguiente, cuando todavía estaba en cama, me avisaron que un caballero preguntaba por mí con suma urgencia. Me figuré que era un adolorido y, apenas echándome una bata y poniéndome unas chanclas, salí a la pieza donde me esperaba el supuesto cliente.

Me dio muchas excusas por haber ocurrido tan temprano a molestarme y me dijo estaba seguro de que le dispensaría, en gracia de la urgencia del caso.

—¿Cuál es la muela enferma? —le pregunté.

—La muela enferma, es decir, la muela sana, usted la tiene.

Creí que lo que tenía era a un loco de la peor calaña, frente a mí; pero él, sin esperar a que yo le manifestara mi asombro, me dijo:

—La muela que usted tiene es la de la señorita Cornelia Fernández, y por eso ocurro con usted a fin de que me la devuelva. Quiero guardar ese primor como oro en paño, a fin de que no se pierda nada de la criatura angelical.

54 Cuando me dio las señas de la dama, que por cierto había quedado de volver para que se continuara la reparación de la espelunca que tenía por cavidad bucal, comprendí que no había manera de complacer al enamorado sujeto. Fingí que no tenía autorización suficiente para entregar resto tan precioso a un desconocido; pero él me salió al paso presentándome un documento de mano de la interesada que no me dejó lugar a réplica.

—Está bien —le dije—; sírvase volver dentro de una hora, que ya me habré desayunado y vestido, y le entregaré lo que solicita, pues es menester una busca muy escrupulosa.

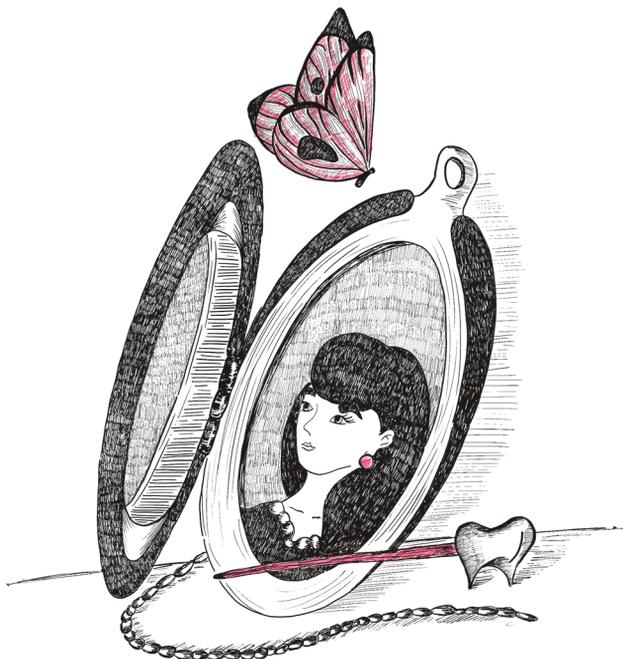
Se despidió el hombre con muestra de reconocimiento, me arreglé lo más pronto que pude y esperé la llegada de los clientes.

El primero en presentarse fue un vejete que tenía la cara echa una pera, es decir, más ancha de abajo que de arriba.

Llevaba una horrorosa muela *matriculada*, como decían en tiempo de Periquillo, y sólo al cabo de mucho bregar pude sacarle aquel hueso deforme.

Era grande, amarillo verdoso, ganchudo, con adherencias de carne y sangre y con múltiples picaduras.

Luego que el paciente, ya aliviado, se retiró echándome glorias, envolví el pingajo aquel en un papel, lo deposité en una caja que tiene anuncios del colutorio y los polvos dentífricos de que soy autor, y guardé todo para la hora que el enamorado se presentara.



Puntual estuvo a la cita, recibió el envoltorio y se marchó contento.

No tardé en ver cogidos del brazo, ya casados, al caballero y a la dama. Me saludaban con grandes extremos de cariño, solían detenerse a preguntarme por mi mujer y mis hijos y aun me anunciaron su intención de visitarnos.

A poco los perdí de vista, y los habría olvidado, si no me encuentro hace tres días al marido.

—Doctor —me dijo echándome los brazos—, cómo me alegra encontrar a un amigo de mis buenos tiempos. ¿No me pregunta usted por la señora? Pues la perdí, la perdí hace dos meses: fue al lado de su familia, que vivía en una ciudad fronteriza, le vino allá la ruptura de una aneurisma, la enterraron a los dos días y cuando llegué no me encontré sino con un montículo de tierra y con muchos semblantes acongojados. Lo único que de ella me resta es la muela que usted me entregó y que me acompañará hasta mi muerte.

Y me enseñó un alfiler de corbata, en que estaba, cubierta con oro y diamantes, la horrible muela del viejo con cara de pera.

## Pluvioso

**L** A LLUVIA no es en mi tierra lo que en los países fríos: llanto del cielo que infunde tristeza y atonía en los ánimos, que predispone al suicidio, que trae de la mano la nieve que recluye en la estancia caliente, el huracán que hace volar los techos y el cierzo duro y doloroso que ciega la vista y maltrata la tez. Es deidad risueña y juguetona, limpia y traviesa que —ora descienda como menudo aljófara ora como tempestad horrenda— esparce por doquiera la frescura, el gozo y la alegría. Ella hace brotar la simiente y cuajar el grano; puebla de gárrula música los sembrados; viste de verde alfombra las campiñas; refresca el ambiente; hace más clara y más límpida la luz de este nuestro valle nativo; enseña cantos nuevos a los pajarillos e infunde esperanzas en el corazón del campesino.

En la ciudad es la lluvia a manera de afeite que todo lo transforma y rejuvenece: los árboles sacuden las hojas secas que el invierno les había dejado, los edificios muestran más puros sus contornos, las paredes leprosas parecen abandonar su ruín aspecto, las personas tienen semblante de dicha.

En la mañana, cuando las nubes que desataron sus raudales por la noche huyen en rápida bandada, como perseguido ejército de gigantes, el sol empieza a salir cabrilleando en el agua de los charcos, prendiendo su nota alegre en el

aislador del poste cercano, dorando la barba del viejo que yace apoyado en la puerta de la alcaicería, el rebaño de gallinas que picotea en el arroyo y la carne fresca, ambarina, delicada, del niño que tendido en el suelo goza del bien que le ofrece la naturaleza que le rodea.

¡Qué himno tan dulce cantan a la lluvia los gorriocillos que, parados en el alambre del telégrafo, encuentran muy de su gusto aquel impensado auxilio puesto a su alcance en el aire; los chicuelos que marchan a la compra tocando en el plato de *peltre* el son en boga; los niños de la escuela cercana que juegan y enredan en el patio antes de la distribución, mientras los esperan allá dentro el ábaco, las figuras coloreadas de animales extraños y el encerado limpio y luciente!

58

La criada de pie descalzo, “alta de pechos, de ademán brioso”, recibe con menos esquividad los piropos en estado nativo que le dirigen los tenorios de la esquina; la chica que marcha al taller de bonetería menudea más el paso, se arrebuja mejor en el mantón, luce con más garbo la pantorrilla cuando salta los baches; el empleado viejo y melancólico que siente pesada la carga de los años y prosaica su existencia empedrada de minutas y acuerdos, va con el continente más erguido, con el traje más limpio, balanceando el nudoso bastón y mostrando como al desgair el inmenso paliacate en el bolsillo del *jaquet* color de ala de mosca.

Adquieren los sonidos nitidez y expresión indecibles: la campanita de la iglesia que llama a misa matutina a las

beatas del rumbo repica alborozada, como si la mano del monago, vestido de roja sotana y encarrujada sobrepelliz, que menea la cuerda, estuviera tocada de alegría; el piano envejecido en que las niñas cuyos perfiles se ven a través del balcón recién abierto tartamudean escalas, suena con voz menos cascada, cual si recordara los tiempos en que acompañó danzones, *polkas*, habaneras y *schottisches*; la máquina junto a la cual la pobre obrera saluda al día y despide a la noche no chirría ni crepita como en las horas tediosas, porque parece que el bienestar y el bullicio de aquella mañana estival la llenan y compenetran.

¿Y los olores? ¿Qué aroma más grato que ese de tierra mojada —que en unión del olor de mujer y del de papel recién impreso constituye la gama odorífera de la juventud, según dijo quien lo entendía— que parece brotar de un seno ubérrimo y fecundo, de un seno jamás extinguido que sostendrá a tantas generaciones como las que ha sostenido ya? ¿Y el que tienen los paseos poblados de árboles, impregnados de ocultas gomas?

La lluvia es indiscreta: se cuela por las maderas de la estancia bien cerrada, abre conducto por el techo del zaquizamí del albañil, moja los vestidos de la hermosa para adherirse a su carnación florida y besarla con ósculo apretado y hondo.

¡Bendita sea ella, nuncio de venturas, causa de goces, gloria y encanto de la vida en esta región!



## Nota editorial

Los siete cuentos aquí publicados se seleccionaron de entre los setenta y dos compilados en *Obras I. Narrativa breve*, edición crítico-hermenéutica publicada en 2012 por la UNAM.

Las fuentes primordiales de la narrativa breve de Victoriano Salado Álvarez son:

La edición de 1901 del tomo *De autos. Cuentos y sucesos*, único que apareció en vida del escritor.

La edición que en 1953 y con el nombre de *Cuentos y narraciones* publicó la hija y albacea literaria de don Victoriano, Ana Salado Álvarez; allí se recopilaron los cuentos que doña Ana rescató del Archivo Victoriano Salado Álvarez y los que ella consideró dignos de ser vistos como ejemplos de dicho género literario o como “narraciones”;

El rescate de cuentos no incluidos en las recopilaciones anteriores y descubiertos por el equipo de trabajo del proyecto “Obras de Victoriano Salado Álvarez”, de la UNAM.

El equipo que rescata, edita y estudia las obras completas del escritor jalisciense está conformado por numerosos investigadores, en un esfuerzo conjunto del Instituto de Investigaciones Filológicas y el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, así como de la Universidad de Guadalajara y El Colegio de Jalisco.



## Contenido

Presentación	7
Una hazaña de las muchas de don Antonio Rojas	9
Mortal por esencia	17
Quien tal hizo que tal pague	23
Un empleado modelo	31
El mundo de los distraídos	39
De la vida de bohemia	45
Reliquia de amor	51
Pluvioso	57
Nota editorial	61

CUIDADO DE LA EDICIÓN:

Stella Cuéllar

Rodrigo García Bonillas

COORDINACIÓN DE ILUSTRACIÓN:

Mercedes Flores Reyna

COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA:

Sergio Reyes Coria

DISEÑO DE PORTADA:

Itzel Nájera Luna

ILUSTRADORES:

Marco Antonio Castro Arellano

“Una hazaña de muchas de don Antonio Rojas”

Francisco Javier Ruiz Téllez

“Mortal por esencia”

Gabriela Hernández Olivares

“Quien tal hizo que tal pague”

Saúl Rodríguez Montante Méndez

“Un empleado modelo”

Andrea Gutiérrez Martínez

“El mundo de los distraídos”

Diego Fernández López

“De la vida de bohemia”

Marlet Pérez García

“Reliquia de amor”

Oniria Guadalupe Hernández Vargas

“Pluvioso”

**Una hazaña de las muchas  
de don Antonio Rojas y otras historias,**

editado por el Instituto de Investigaciones  
Filológicas, siendo jefa del Departamento de  
Publicaciones Carolina Olivares Chávez,  
se terminó de imprimir  
el 14 de octubre de 2014 en los talleres de  
Desarrollo Gráfico Editorial, S. A. de C. V.,  
ubicados en Municipio Libre 175,  
colonia Portales, delegación  
Benito Juárez, C. P. 03300.  
México, D. F.

Tipografía: Adobe Garamond Pro  
de 11:15 y 9:12 puntos, y Mr Eaves Sans OT  
de 17 y 10 puntos.

La edición consta de 1000 ejemplares  
impresos en papel Bond blanco de 120 g,  
mediante el sistema de impresión offset.

